REQUIEM POR LUIS SEOANE

XESUS ALONSO MONTERO

LUISESEOANEacabadelcallejero. Sucedíó, a los sesenta y nueve años de edad, en La Coruña la noche del 5 al 6 de este mes de abril. Ciertamente, Galicia no se ha conocionado, pero pocas veces Galicia ha perdido un intelectual de la estatua, de la curiosidad, de las dimensiones y de la actividad de Luis Seoane. No hay en esta afirmación, parco en todo caso, concesión alguna a los tópicos habituales en una crónica necrológica.

Otra cosa es que el pintor Seoane –su faceta más conocida–, que conquistó hace tiempo un nombre de primer orden en las galerías más elegantes de Buenos Aires, suene menos en España, y aun en Galicia, su patria y su pasión. Acabo de mencionar a Seoane como pintor, lo cual constituía una grave multación. Hay que decir el artista plástico con un "curiosísimum de pintor, de grabador, de dibujante, de ilustrador de libros y de ensayador o iniciador de no pocas técnicas y modalidades artísticas.

A Seoane, una personalidad siempre a la búsqueda de formas de expresión, no basta el lenguaje plástico, y en 1952, ya un artista consagrado, escribió un libro de poemas. Se titulaba "Far del exiliado", título que, en parte, puede desorientar al lector. El autor, radicado en Buenos Aires desde el comienzo de la guerra civil, no escribía un alegría político contra el franquismo o contra la Galicia oficial, responsable de su exilio y del de tantos y tantos demócratas. Seoane, desterrado político, vive en una tierra, la Argentina, donde miles y miles de gallegos humildes, pobres y semiafamados trabajan y luchan por un pedazo de pan o por un trozo de dignidad. Esta gesta no contada ni cantada empezó en el siglo XVIII con aquellos centenares de gallegos a los que el virey ordenó el poblamiento de una parte de la Patagonia. Seoane, desterrado político, no escribió un libro sobre su problema ni sobre el problema general del exilio; Seoane va más a la raíz: escribió la gesta de aquel muchedumbre de gallegos, víctimas, antes y después de 1936, de una determinada organización social. Hay un poema en este volumen, "As forzas vives", en el que se señalan los responsables y beneficiarios de esta situación histórica, responsables, muy concretamente, de la vieja sangría que es la emigración gallega. Los "héroes" de Seoane son trabajadores humildes como Ramón Carnadas o Ramón Rodríguez Iglesias. Esta emigración, sin tazones y rociantes, y vista desde dentro, desde una solidaridad íntima, acaba de encontrar su cronista y, de alguna manera, su poeta épico.

Libro tal era inconcebible en la Galicia metropolitana, en el exilio interior. Piénsese que un libro de filosofía muy próxima, "Lo que se vuelve a plantar", de Celso Emilio Ferreiro, no se publicó en Galicia hasta 1982, diez años después.

He aquí por donde el intelectual Seoane, para muchos solo un artista plástico, se nos convierte en un poeta que, a comienzos de la década del 80, escribe desde unas coordenadas impensables en la Galicia de Arías Salgado. En el exilio publicará dos libros más ("Na bráñez, Santiago" y "As cicatrices"), y en 1972, su último libro poético ("A maior abondamento"). Los críticos estudian donable no mencionar la revista "Galicia emigrante" (1954-58), en la que colaboraron, a veces con seudónimos, escritores de la Galicia metropolitana muchos de los que hoy leen. Algunos de los "empresarios" que mencionamos, una parte de los "trabajadores" de Seoane están vivamente recordados en un libro de Víctor F. Freixa: "Unha ducía de galegos".

Luis Seoane es algo más, mucho más que "sus cuadros", "sus" poemas, "sus" dibujos... Luis Seoane es, por lo tanto, un capítulo de la cultura gallega. No hay hipótesis ni imprecisiones. Una obra como la de Seoane, un capítulo de nuestra historia como el protagonizado por Seoane, deben ser entendidos como un trabajo en el que hay manos amigas y colaboradoras. Algunas, y selectas, hubo: Lorenzo Varela, Rafael Dieste, Arturo Cuadra, Isaac Díaz Pardo (quien es, en la Galicia de aquí, un capítulo nuestra historia). Es de elemental justicia destacar, con mucha bondad, la presencia, muchas veces muda, de Maruxa, su mujer, la compañera en la que encontró la más madrileña de las hospitalidades. Hombre, Seoane, de permanente generosidad creadora y de spontaneidad no siempre apreciable necesitaba a una Zenoia como su compañera Maruxa.

Galicia, ni siquiera la más sensible, es consciente de la estatua y de las dimensiones del intelectual que acabó de morir. Tampoco es consciente de precisión de papel jugado por este animador y concienciador cultural en unos años tan difíciles y tan tenerosos para Galicia y su cultura.

De todos modos, cinco días antes de su muerte, el domingo 1 de abril, Seoane fue objeto de un clamoroso y emotivo homenaje. Ese día Rafael Alberti, que recitaba en La Coruña por primera vez en su vida, declaró, con un magistério que los años no disimulaban el poeta titulado "Luis Seoane" de su libro "A la pintura", "Parece que los últimos versos (y si, si, en su palma, / un oasis en la muerte, / una nostalgia aquí / y el mar), casi tres mil personas pronunciaron en una ocasión muy superior a la originada por otros poemas: era el homenaje, el primero a la altura del homenajeado, a un intelectual por quien expresarse equivalía a afirmar la dignidad de su pueblo."